

El hijo pequeño llegó a casa. Distraidamente, en la puerta leyó; BOLTIO PANADERIA DE PAN, pero como estaba acostumbrado no prestó atención especial.

—Madre ¿está la comida?

—Sí, puedes comer.

—¿Y padre?

—Ha ido a las viñas. Tardará un poco.

A la orilla del río el panadero estaba sentado pensando en su vida: De qué manera había peleado para sacar a sus hijos adelante y ahora no le dejaban libertad para seguir sus iniciativas propias. Acariciaba la navaja, pero de esta forma no lo había pensado. Abrirse la barriga era demasiado fuerte. No es lo mismo que despanzurrar una res. Podía hacerse una herida poco profunda y prolongar la agonía durante mucho tiempo. Él quería rapidez porque para sufrir con exceso se volvía a sopartar al animal de su hijo y a su mujer.

Sintió hambre y se acordó del letrero: BOLTIO PANADERIA DE PAN. Había fabricado mucho pan. En su tiempo fue el mejor panadero del contorno. A eso y a las sisas de harina debía el haber reunido una haciendita muy maja que ahora le servía para maldita la cosa, porque la vida es así; BOLTIO PANADERIA DE PAN.

Cuando el hijo terminó de comer hizo este comentario:

—¿Cómo no ha venido ya? Este tío está modorro. ¡Mira que si fuese un chico, le arreaba un sopapo así!

Y acompañó a la palabra el gesto. Hay muchas clases de hijos.

El sol apretaba bastante y el panadero empujado por la reclamación del estómago empezó a andar río abajo y andando, andando, llegó a la cabeza de partido que está a unos quince kilómetros. Como era día de feria, había mucha animación. Se acercó a la posada y saludó al posadero que era amigo suyo.

—¿Qué te trae por aquí, panadero? Echa una copa.

Bebieron una copa y después otra, como es regular entre hombres.

El panadero le dijo sus penas y le pidió comida y cama por esa noche (el matarse ya lo había olvidado) y que le dejase algún dinero para llegar hasta Madrid donde tenía una hermana casada.

El posadero le dió de comer, le llevó a la cama y le dijo:

—Duerme tranquilo que mañana te llamaré a la hora del coche y te dejaré quinientas pesetas.

Cuando lo dejó tranquilo en la cama, llamó a un hijo suyo y le mandó avisar a la familia.

Como la hora avanzaba y el panadero no volvía a su casa, comenzaron a estar con cuidado.

—Este hombre está tonto, este hombre está tonta ¡Le sacudía un sopapo más bien!

Acompañaba a la palabra el gesto.